



La misma fecha.

Llegamos á las tres de la tarde á la vista del desierto de Beka. — Parada é indecision en la caravana. La llanura, desde el punto donde estamos hasta el pie del Líbano que se alza como una tapia al otro lado, parece un inmenso lago de cuyo centro brotan algunas islas negruzcas, copas de árboles sumergidos, y vastas ruinas antiguas sobre una colina á tres leguas de nosotros. ¿Cómo lanzarse sin guías, á la ventura, á aquella llanura inundada? Es preciso, sin embargo, só pena de no poder pasar mañana, porque la lluvia continúa, y los torrentes derraman por todas partes sus aguas en el desierto. Caminamos por espacio de dos horas por los puntos mas elevados de la llanura, que nos acercan á la colina donde nos aparecen las grandes ruinas del templo. Dejamos á nuestra izquierda estas desconocidas reliquias de alguna ciudad, sin nombre hoy, contemporanea de Balbek. Varios pedazos de columnas gigantescas han rodado sobre las vertientes de la colina, y yacen tendidos en el lado á nuestros pies. La luz disminuye, la lluvia aumenta, y no tenemos tiempo para subir al tem-

plo. — Pasada aquella colina, andamos con agua hasta las rodillas de los caballos. A cada instante alguno de nuestros machos resbala y rueda con nuestros bagages en zanjas de donde los sacan los camelleros á duras penas. Hacemos que vaya un Arabe á veinte pasos delante de la caravana para sondear el terreno; pero, llegado que hemos en medio de la llanura, al sitio donde ha abierto su cauce el arroyo de Balbek, nos falta el piso, y tenemos que atravesar á nado un trecho de treinta á cuarenta pies. Mis Arabes, tirándose al agua, y sosteniendo la cabeza de los caballos, consiguen pasar á mi muger y á una doncella inglesa que la acompaña; nosotros pasamos á nado. La oscuridad es casi completa; nos damos prisa á cruzar lo restante del valle, mientras tenemos bastante crepúsculo para guiarnos. Pasamos por junto á unos paredones, habitados por una tribu feroz de Arabes de Balbek. Si nos atacasen en este momento, éramos perdidos; todas nuestras armas de fuego estan por el pronto inservibles. Los Arabes nos miran desde lo alto de sus azoteas, y no bajan al pantano. Enfin, en el momento en que cae enteramente la noche, empieza la llanura á subir en cuesta, y nos hallamos en seco á las faldas del Líbano: nos dirigimos por la luz lejana que brilla á tres leguas de nosotros, en una garganta de montañas. y que

debe salir de la ciudad de Zarklé. Rendidos de cansancio, traspasados de frio y calados hasta los huesos, llegamos en fin á las primeras colinas que sustentan la ciudad. Allí, llamándonos y contándonos, echamos de ver que uno de nuestros amigos, M. de Capmas, nos falta : hacemos alto, llamamos, disparamos algunos tiros : — nadie responde. Destacamos dos ginetes para que vayan en su busca y entramos en Zarklé. Una hora empleamos en costear un rio que atraviesa la ciudad y en hallar un puente único que pasa de un arrabal á otro. Nuestros caballos despeados apenas pueden tenerse en el resbaladizo empedrado de aquel puente, empinadísimo y sin pretil. En fin, nos recibe la casa del obispo griego. — Encienden hogueras de retama en las chozas que rodean el patio; el obispo nos presta algunas esteras y alfombras : nos secamos á la lumbre. — Los dos Arabes enviados en busca de nuestro amigo vuelven con él ; le colocan casi desmayado junto á la lumbre, y pronto vuelve en sí. Hallamos en el fondo de nuestras cajas, inundadas de agua, una botella de ron ; el obispo nos da azucar, y reanimamos con algunos vasos de ponche á nuestro compañero moribundo, mientras que nuestros Arabes nos aderezan el piló. El pobre obispo no tiene absolutamente mas que el asilo que ofrecemos, y aun es tal la curiosidad de las

mugeres y de los muchachos de Zarklé, que á cada instante atestan el patio y abren las puertas de nuestros cuartos para ver á las dos mugeres francas. Me veo precisado á poner dos Arabes armados á la puerta del patio para impedir la entrada.

Al dia siguiente, descansamos en Zarklé para secar nuestras ropas y renovar nuestras provisiones de camino, deterioradas por la inundacion de la víspera. Zarklé es una ciudad enteramente cristiana, fundada hace poco años en un desfiladero, en las últimas raices del Líbano ; debe su rápido y prodigioso incremento á las familias perseguidas de los cristianos armenios y griegos de Damasco y de Homs. Cuenta de ocho á diez mil habitantes, hace un gran comercio de sedería, y aumenta diariamente : protegida por el emir Beschir, soberano del Líbano, no se ve ya molestada por las correrías de las tribus de Balebek y del Anti-Líbano. Los habitantes industriosos, agrícolas y activos, cultivan admirablemente las colinas que descenden de la ciudad al llano, y aun se aventuran á cultivar las partes mas inmediatas al desierto. El aspecto de la ciudad es muy extraordinario ; es una confusa reunion de casas negras, hechas con tierra, sin simetria ni regularidad, en dos rápidas pendientes de dos collados separados por un rio. La garganta de

donde baja el rio antes de llegar á la ciudad y al llano, es un ancho y profundo desfiladero de peñascos perpendiculares que se separan para dejar pasar el torrente; precipítase este de meseta en meseta y forma tres ó cuatro cascadas que ocupan todo el ancho de aquellas mesetas, especies de escalones sucesivos. La espuma del torrente cubre enteramente los peñascos, y el estruendo de sus cataratas llena las calles de Zarklé de un sordo y continuo murmullo. Algunas casas bastante elegantes brillan entre la verdura de los abedules y de las altas vides, encima de las cataratas del rio. Allí está la casa de refugio de nuestro amigo, M. Baudin; otra es un convento de monges maronitas. El rio, despues de haber atravesado las casas de la ciudad, que estan agrupadas y suspendidas del modo mas singular, sobre sus altas márgenes, y pendientes sobre su cauce, va á regar tierras y prados angostos, donde la industria de los pobladores distribuye sus aguas en mil arroyos. Inmensas cortinas de altos abedules de Persia se estienden hasta donde alcanza la vista por sus riberas, y dirigen el ojo, como una verde calle, hasta el desierto de Balbek y las neyadas cimas del Anti-Líbano. Casi todos los vecinos son Griegos, Siriacos ó Griegos de Damasco. Las casas parecen miserables chozas de labradores saboyanos; pe-

ro en cada casa se ve una tienda, un taller, donde silleros, armeros, y aun relojeros, trabajan con groseros instrumentos en obras de su oficio. El pueblo nos ha parecido bueno y hospitalario: el aspecto de los estrangeros, como nosotros, lejos de asustarlos ó incomodarlos, parece serles agradable. Nos han ofrecido todos los favores que comporta nuestra situacion, y parecen ufanos con la prosperidad cada vez mayor de su pueblo. Zarklé parece el primer apéndice de una gran plaza de comercio, destinada á ser rival de Damasco para el comercio de la raza cristiana con la raza mahometana. Si la muerte del emir Beschir no destruye la unidad de poder que hace la fuerza del Líbano, Zarklé, de aquí á veinte años, será la primera ciudad de Siria. Todas se arruinan, ella sola medra; todas duermen, ella sola trabaja; el genio griego lleva á donde quiera el principio de actividad que reside en esta raza europea; pero la actividad del Griego asiático es util y fecunda; la del Griego de la Morea y de las islas no es mas que una esteril agitacion. El aire del Asia suaviza la sangre de los Griegos; aquí es un pueblo admirablemente manso, pero en otras partes suele ser muy bárbaro. Lo mismo sucede con respecto á la belleza física de la raza. Las mugeres griegas del Asia son la obra maestra de la creacion, lo ideal de la gracia y del encan-

to de los ojos; las mugeres griegas de la Morea tienen formas puras, pero duras, y ojos cuyo fuego, áspero y sombrío, no está bastante templado por la dulce molicie del alma y la sensibilidad del corazon; los ojos de estas son dos ascuas; los de aquellas son una llama velada por húmedos vapores.



La misma fecha.

El pobre obispo griego de Zarklé es de una familia de Alepo, donde ha pasado su vida en la elegancia y la molicie de las costumbres de esta ciudad, la Atenas del Asia; se halla como desterrado en este pueblo, sin sociedad y sin recursos morales. Sus modales han conservado la dignidad peculiar de los Alepinos, pero en la suma miseria en que se halla, no puede ofrecernos mas que su humilde vivienda. Hablamos en italiano con él. Le hago al irme una limosna de quinientas piastras para sus pobres ó para él, porque me pareció verdaderamente necesitado. Algunos libros árabes y griegos, revueltos en su cuarto, y un arca que contiene sus magníficas vestiduras episcopales, eran toda su riqueza. Tomé guias en Zarklé para pasar el Líbano, por senderos des-

conocidos; el camino ordinario estaba interceptado por la prodigiosa cantidad de nieve que ha caído durante este invierno. Subimos primero unas cuevas bastante suaves, atravesando unas colinas sembradas de viñas y de moreras. Pronto llegamos á la region de las recas y de los torrentes sin cauce; sobre unos treinta por lo menos pasamos en el espacio de seis horas. Deslízanse por pendientes tan rápidas, que no tienen tiempo para abrirse un cauce; parecen cortinas de espuma que resbalan sobre la roca pelada y pasan con la rapidez de las alas de un pájaro.

El cielo se cubria de pálidas nubes que interceptaban ya la luz, aunque el dia estaba aun poco adelantado; nos hallábamos completamente envueltos en aquellas rodantes oleadas de nubes, y muchas veces no veíamos la cabeza de la caravana sepultada en aquellas tenebrosas masas. Tambien la nieve empezaba á caer en gruesos copos, y cubria el rastro de los senderos que nuestros guias buscaban en vano; sosteníamos con trabajo nuestros caballos fatigados, y cuyas herraduras resbalaban en los escarpados realces que teníamos que seguir. El magnífico horizonte inferior del valle de Balbek y de las cimas del Anti-Líbano, con las grandes ruinas de los templos de Beka, heridos por la luz, no nos aparecian mas que de cuando en cuando por entre las

rasgadas nubes; parecia que navegábamos en el cielo, y que el pedestal desde donde veíamos la tierra no pertenecía ya á esta. Entre tanto los sonoros vientos que dormían en las profundas y altas gargantas de las montañas, empezaban á espedir sonos lúgubres y subterranos, semejantes al rugido de una mar encrespada despues de la tempestad; pasaban como rayos, ya sobre nuestras cabezas, ya por regiones inferiores, bajo nuestros pies, arrastrando, como hojas secas, masas de nieve y granizos de piedras, y aun pedazos de roca bastante gruesos, cual si los hubiera lanzado la boca de un cañon; aquellos pedazos hirieron á dos de nuestros caballos que rodaron con los bagages al precipicio. A ninguno de nosotros le tocaron; mis potros árabes, que los sais llevaban del freno, parecían petrificados de terror; parábanse de pronto, levantaban la nariz y espedían, no relinchos, sino unos gritos guturales semejantes al estertor de un moribundo; caminábamos muy apretados unos contra otros, para vigilarnos y asistirnos en caso de accidente. La oscuridad iba aumentando, y la nieve que nos daba en los ojos nos robaba la poca luz que podía guiarnos todavía. Las bocanadas de viento llenaban toda la garganta, en que nos hallábamos, de nieve revuelta, que se alzaba en columnas hasta el cielo, y volvía á caer formando

inmensas sábanas como la espuma de las grandes olas sobre los arrecifes; habia momentos en que era imposible respirar; nuestros guías se paraban á cada instante, titubeando, y disparando sus escopetas para dirigirnos, pero la furia del viento no dejaba que resonase nada, y la detonacion de nuestras armas se parecia al ligero chasquido de un látigo. Sin embargo, á medida que nos íbamos internando en aquella alta garganta de las últimas grupas del Líbano, oíamos con terror un rugido grave, continuo, sordo, que crecía por momentos y formaba como la base de aquel horrible concierto de los elementos desencadenados; no sabíamos á qué atribuirle; parecia que una parte de la montaña se desmoronaba y rodaba en torrentes de peñascos. Las densas nubes contiguas al suelo nos lo tapaban todo; no sabíamos donde estábamos, cuando vimos pasar de pronto, á nuestro lado, varios caballos sin ginetes y machos sin cargas con varios camellos que huían por las nevadas faldas de la montaña. Pronto los siguieron algunos Arabes dando voces; advirtiéronnos que nos paráramos, enseñándonos con la mano, á cuarenta ó cincuenta pasos debajo de nosotros, una casa contigua á un peñasco, que las nubes nos habían ocultado hasta entonces; una columna de humo y el resplandor de una hoguera salían de la puer-

ta de aquella casa ó cabaña, cuyo tejado, hecho de enormes ramas de cedro, acababa de ser medio arrebatado por el huracan y pendia sobre la pared; aquel era el único asilo que habia para nosotros en aquella parte del Líbano, — el kan de Murat-Bey; un pobre Arabe le habita durante el verano para ofrecer cebada y un asilo á las caravanas de Damasco, que van por este camino á Siria. Bajamos al kan con dificultad por unos escalones de roca escondidos bajo un pie de nieve; el torrente que corre á cien pasos debajo del kan, y que es preciso atravesar para subir á la última region de las montañas, se habia convertido de pronto en un rio inmenso que arrastraba con sus aguas pedruscos y despojos de la tempestad. Sorprendidos en sus orillas por los remolinos de viento, y medio sepultados bajo la nieve, los Arabes á quienes habiamos encontrado habian tirado los fardos de sus camellos y de sus machos, y los habian dejado allí para refugiarse en el kan de Murat, que hallamos ocupado ya por aquellos hombres y sus caballerías, no quedando sitio ninguno para nosotros ni para nuestros caballos. Sin embargo, al abrigo del peñasco mas grande que una casa, el viento se hacia sentir menos, y las ráfagas de nieve arrastradas de la cima del Líbano, que pasaban por cima de nuestras cabezas, empezaban á ser menos den-

sas, y nos dejaban alguna vez divisar una punta del cielo donde ya brillaban estrellas. Pronto se aplanó el viento enteramente; apeámonos, y tratamos de proporcionarnos un abrigo para pasar, no solo la noche, sino acaso algunos dias, si el torrente que oíamos, sin verle, continuaba cerrando el paso. Bajo las tapias del kan desmoronado, al abrigo de una parte de las ramas de cedro que formaban poco antes el tejado, habia un espacio de diez pies cuadrados atestado de nieve y lodo; barrimos la nieve, y debajo quedaba un pie de barro blando donde podiamos tender las alfombras; arrancamos del techo algunas ramas que estendimos como un zarzo sobre el suelo barrido, y que preservaban nuestras esteras del contacto del agua; nuestros colchones, nuestras alfombras, nuestras capas, formaban un segundo piso; encendimos una hoguera en un rincon de aquel asilo, y así pasamos la larga noche del 17 al 18 de abril de 1855. De cuando en cuando volvía el huracan y parecia que la montaña iba á desmoronarse; el enorme peñasco á que estaba pegado el kan temblaba como un tronco de arbol sacudido por el vendabal, y los rugidos del torrente llenaban el mar y el cielo de lamentables ahullidos: con todo, acabamos por dormirnos, y nos despertamos tarde á los brillantes rayos de un sol sereno sobre la nieve. Los Arabes,

nuestros compañeros, se habian ido; habian intentado dichosamente atravesar el torrente; los vimos de lejos trepando las colinas adonde debiamos seguirlos; pusímonos tambien en camino, y caminamos cuatro horas por un valle superior, donde no veiamos, como en la cima del Monte-Blanco, mas que la nieve bajo nuestros pies y el cielo sobre nuestras cabezas. El deslumbramiento de los ojos, el silencio tétrico, el peligro de cada paso en aquellos desiertos de nieve reciente, sin ningun sendero trazado, hacen del paso de aquellos altos pilares de la tierra, espina dorsal de un continente, un momento solemne y religioso. Involuntariamente observa uno cada punto del horizonte y del cielo, cada fenómeno de la naturaleza; uno ví que me sorprendió como una hermosa imagen y que nunca habia observado. Enteramente en la cumbre del Líbano, en las laderas de una loma medio guarecida del sol matinal, ví un magnífico arco-iris, no en forma de puente aereo y uniendo el cielo á la cima de la montaña, sino tendido sobre la nieve y arrollado en círculos concéntricos como una serpiente de espléndidos colores; era como el nido del arco-iris sorprendido en la cima mas inaccesible del Líbano. A medida que el sol se elevaba y heria con sus blancos rayos la loma, los círculos del arco-iris parecia que se movian y

se levantaban, la estremidad de aquellas luminosas volutas se alzaba en efecto de la tierra, subia algunas toesas hácia el cielo, cual si hubiera intentado lanzarse hácia el sol, y se fundia en vapores blanquecinos y en líquidas perlas que caian en derredor nuestro. Sentámonos mas allá de la region de las nieves para secar al sol nuestros zapatos mojados; empezábamos á ver los profundos y negros valles de los Maronitas. Al cabo de dos horas ya habiamos bajado á la aldea de Hamana y estábamos sentados en lo alto del magnífico valle de este nombre, donde ya habiamos hecho noche yendo á Damasco. El jeque nos hizo dar tres casas del pueblo. El sol de la tarde brillaba bajo las anchas hojas del moral y de la higuera; los labradores volvian con sus aperos; mugeres, niños, circulaban por los caminos entre las casas y nos saludaban con una sonrisa hospitalaria; los ganados volvian de las dehesas con sus campanillas; las palomas y las gallinas cubrian los tejados de las azoteas, y las campanas de dos iglesias maronitas tañian lentamente por entre las copas de los cipreses para anunciar las piadosas ceremonias del dia siguiente que era un domingo; de repente hallábamos el aspecto, el rumor, la paz de un lindo pueblecillo de Francia ó de Italia, al salir de los precipicios del Líbano, de los desiertos de Balbek, de las calles

inhospitalarias de Damasco; jamas transicion fué mas rápida ni mas dulce; resolvimos pasar el domingo entre aquellas buenas gentes y descansar un dia de nuestras largas fatigas.

Dia pasado en Hamana; el jeque y el mercado del pueblo nos suministran abundantes provisiones; las mugeres de Hamana vienen á visitarnos todo el dia; son infinitamente menos hermosas que las Sirias de las orillas del mar: — esta es la raza maronita pura; todas parecen fuertes y sanas, pero tienen las facciones demasiado marcadas, el ojo un poco duro, la tez demasiado colorada; su trage es un pantalon blanco y encima un vestido largo de paño azul, abierto por delante y que deja el pecho desnudo; collares de innumerables piastras les penden al rededor del cuello, sobre la garganta y por las espaldas. Las mugeres casadas completan este trage con un cuerno de plata de sobre un pie y á veces pie y medio de largo, que hincan encima de sus cabellos trenzados y que se eleva sobre su frente un poco oblicuamente. Este cuerno esculpido y cincelado, está cubierto con un velo de muselina que cuelga de él, y con el que suelen taparse la cara; nunca se quitan este cuerno ni aun para dormir. Este extravagante uso, cuyo origen no puede buscarse sino en las aberraciones del entendimiento humano, las desfigura y afea to-

dos los movimientos de la cabeza y del cuello.



9 de abril.

Salimos de Hamana á las cinco de la mañana con un tiempo muy nebuloso. Caminamos dos horas por unas ásperas y peladas vertientes de las altas crestas del Líbano que descienden hácia las llanuras de la Siria. El valle que dejamos á la derecha se va ensanchando cada vez mas, hasta llegar á tener sobre unas dos leguas de anchura y una por lo menos de profundidad. Las trasparentes olas de los vapores de la mañana circulan blandamente sobre su horizonte, y no dejan pasar encima de ellas mas que las altas cimas de los montes, las copas de los cipreses y algunas torres de aldeas y de monasterios maronitas; pero pronto la brisa marina que se alza y sube insensiblemente con el sol, desarrolla lentamente todas aquellas olas de vapores y las repliega en blancas velas que van á confundirse con las cimas de nieve sobre las cuales forman ligeras manchas grises. El valle aparece todo entero. ¿Porqué no tiene el ojo un language que pinte con una sola palabra como ve con una sola mirada? Yo quisiera conservar eternamente en mi memoria las